

Yamil Sidqi al-Zahawi, *Revolución en el infierno*. Prólogo y traducción de Waleed Saleh. Revisión de Ignacio Gutiérrez de Terán. «Poéticas» 18 (Granada: Valparaíso Ediciones, 2024), 101 pp. ISBN: 978-84-10073-53-1.

*Revolución en el infierno* es el atinado título que su traductor ha convenido para el original árabe *Thawrat ahl al-Jahīm* (“La revolución de las gentes del infierno”), más sintético, más persuasivo en español que una versión literal del árabe que rompía, sin duda, la contundencia obtenida con la elisión de “las gentes”. Porque quien va a hacer una revolución sino unas gentes, la gente. De no ser que ahora, nuestros prohombres, los mismos que aquellos de los días de nuestro vate iraquí, aunque con nombres distintos, resuelvan que las revoluciones se hacen solas, que por ser, todo empieza a ser posible. Pero volvamos a nuestro poeta, a su poema, y a su traductor.

*Revolución en el infierno* es lo que podemos calificar como un poema en veintitrés actos (véase el interesantísimo análisis del poema que nos regala el traductor, pp. 20-33), definido desde el mismo comienzo como una ‘disputa’ *in crescendo*, enmarcada en un cuadro iconográfico de trazos epopéyicos que se da entre el vate y cuanto le rodea simbolizado en Munkar y Nakīr, los dos ángeles interrogadores del difunto, nada más morir, de acuerdo con la tradición islámica. Certo que los poderes (político, religioso y social) son la diana de sus dardos hechos verbo. Que esa poderosa tradición que tanto constriñó a pueblos y tiempos como el iraquí está en el punto de mira del poeta. Pero no solo: es también su propio yo, en tanto que atenazado por esa herrumbrosa e injusta tradición, el que sufre como parte de un todo la humillación que en cascada permanente es derramada sobre las gentes.

Ese grito de rebeldía que alza el vate cobra toda su fuerza y dimensión en el seno de una larga tradición (literaria en este caso, no religioso-política) con la que los poetas han luchado a lo largo de la historia a brazo partido contra la injusticia, el olvido, la humillación y la vergüenza bajo la que han sumido —y tienen aún— a tantos y tantos pueblos, entre ellos los árabes, y en este caso concreto el pueblo iraquí, cuna de civilizaciones de las que más adelante surgirán otras. Es el Iraq de nuestro poeta, el Iraq que le duele, el dolor de sus gentes revuelve sus entrañas, prende las ascuas de sus pensamientos que encendiéndose serán las luminarias que darán luz donde allí reina la oscuridad; allí donde hombres, y las mujeres en especial, son reos de la injusticia y el olvido.

El poeta, recurriendo a la conocida técnica dialógica, como de hecho sucede con otras tantas obras maestras de la Antigüedad, entabla un diálogo retórico con sus enemigos, que también lo son de la gente: aquellos que con su poder y sus normas confunden a los pueblos, los manipulan y los conducen a un viaje a ninguna parte. Ese comienzo del poema es esencial para poder entender el propósito del poeta, su tono irónico, jocoso en ocasiones, pero también rotundo, sólido como roca firme gracias a la fuerza de su pensamiento, de sus ideas, de sus palabras, de un moral cual hierro forjado. Son los primeros peldaños que

sirven al autor para posteriormente proyectarse al espacio desde el que se desencadenará, como tormenta iracunda, la revolución que van a llevar a cabo los moradores del infierno, gentes que levantándose contra sus vigilantes lograran atisbar en el fondo de sus corazones la luz necesaria con la encontrar su dignidad y derrocar al mal que anida en las entrañas de sus opresores.

Quien se atreva a leer esta breve reseña no sabrá por este que suscribe como se produce esa revolución, a donde lleva ni como acaba. Me limito aquí a dar los detalles que acaba usted de leer, ninguno más. Es usted, ahora, quien debe coger el libro, andar el camino y abrir los portones de ese infierno imaginado por el vate a imitación de la sociedad iraquí de entresiglos (XIX-XX), pero que vale para cualquiera, porque los pensamientos, las ideas, las figuraciones que el poeta despliega a lo largo de los veintitrés actos del poema valen para allá y para aquí, para ayer y para hoy, y me temo que para siempre por desgracia viendo como se mueve este mundo sin órbita. Porque las gentes siempre estarán (estaremos) en peligro, un peligro constante de sometimiento a los prohombres que mal-gestionan el destino de la gente, cada cada vez más miserables, más malvados, más mentirosos, esto es: más tecnodemocráticos. Y eso irritaba, y mucho, a un espíritu sensible e inteligente como el de nuestro poeta. En no pocos tramos del poema —aunque esto es solo una apreciación personal no contrastada— se me venía el recuerdo del gran William Blake. Es como si el portentoso poeta inglés —diferentes en no pocas cosas los dos— estuviese durante toda la batalla dando hábito permanente en la lucha a su camarada iraquí...

Sin duda que era del todo necesaria una traducción española de este soberbio poema. Ya la tenemos. Pero, además, quien la ha vertido en sermón castellano es un maestro de traductores, maestro de arabistas: un sabio. El profesor Waleed Saleh nos ha regalado con este libro una versión espléndida: ágil, a momentos rauda, veloz, como exige el guion de la revolución, pero siempre con una delicadeza y un respeto a la elección léxica y la construcción sintáctica realmente dignas de mérito y propias de quien conoce los arcanos de esa ancestral práctica de la traducción. Y mérito es lo que tiene este libro. En primer lugar, ya lo hemos dicho, porque pone en manos del lector español una pieza poética de un valor incalculable para las letras árabes en general y la poesía en particular: una obra maestra. Y en segundo lugar, porque además del poema, era obligado que se rindiera justicia a un literato y pensador de la talla de al-Zahāwī (1863-1936). Su figura, su obra y su acción, apenas conocidas en España y en Suramérica, podrán ahora brillar con la luz que siempre iluminó su pensamiento y sus quehaceres: la luz de la justicia, una justicia universal, plena.

Y todo porque Jamīl Sidqī al-Zahāwī amaba al Iraq y a sus gentes, amaba a la Humanidad. Y cuanto vengo contando se lo debemos al profesor Waleed Saleh y a su excelente traducción, precedida de un iluminador análisis del poema en el que nos cuenta muchas y más cosas interesantes, ambos encuadrados por un pórtico en forma de prólogo y la transcripción del texto original árabe como despedida. Y a esta enorme fiesta de las letras iraquíes, árabes, universales, se ha sumado otro titán de los Estudios Árabes, grande también por su saber: el

profesor Ignacio Gutiérrez de Terán, que ha revisado el texto junto con su autor. A ambos, los profs. Saleh y Gutiérrez de Terán, que han trabajado en armónica camaradería, felicitamos por este impagable regalo que nos han hecho a todos. Gracias a los dos. Solo me resta pedir una cosa a quien lea esto: lean el libro, por favor. No quedarán defraudados. En ello empeño mi palabra.

Juan Pedro Monferrer-Sala  
Universidad de Córdoba